

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

Vobis etiam merito accepta referimus qui tam strenue religionis, et
justitiae partes tuendas suscepistis....

DIARIO CATÓLICO, APOSTÓLICO, ROMANO.

Deumque, cuius causam agitis, rogamus ut vos in proposito confir-
met.—Pío IX al director y redactores de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

PRECIOS DE SUSCRICION.—En Madrid, 12 rs. al mes.—En Provincias, 17 rs. al mes y 50 por trimestre en casa de los
comisionados y 15 rs. al mes y 42 al trimestre en la Administración.—En el Batranjero, 70 rs.—En Ultramar, 90 re-
les trimestre.—La Administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

PUNTOS DE SUSCRICION.—Madrid: En la Administración, Pelayo, 38 y 40, principal de la derecha.—Provincias: En los
puntos que se anuncian el último día de cada mes.—París: Agencia franco-española de D. C. A. Saavedra, 55, rue Tai-
bout.—Mánila: D. Cirilo Rivera, calle de Anda, número 5.—No se devuelve ningún manuscrito.

IGLESIA-VATICANO.

(Corresp. par. de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.)

ROMA, 25.

Mis queridos amigos: Por fin la secta con-
viene hoy en que jamás se ha hallado su San-
tidad tan robusto, tan ágil y tan espedito de
facultades intelectuales como hoy le concede
que verdaderamente puede decir, tras tantos
anuncios de entierro, *reformit capo mea*. El he-
cho es indudable, y de grandes motivos para
esperar algo grande, pues que el Señor se digna
continuar tan agradable maravilla, mas como
la secta no dice una verdad sin ánimo de, a su
sombra, echar a vuela cualquier mentira, he
procurado indagar, porque hoy la secta tiene
tanto interés en afirmar bajo su real palabra
que Pío IX está inmejorable, cuanto lo ayer nos
ponía el pañuelo sobre los ojos para descargarnos
las lágrimas por su muerte. Pío IX está
sano, y aunque no lo estuviere, le curaría hoy
la secta, para dar autoridad legal al acto más
importante de su vida. Pío IX, dice la secta por
lo bajo, aprovechando el perfecto estado de po-
tencias y sentidos, y deseando evitar a la Igles-
ia y a Italia las funestas consecuencias de
morir sin dejar bien orillada la enojosa cuestión
del Ónclave.... ¡ya pareció aquello! acaba de
reunir secretamente a todos los individuos del
Sacro Colegio, y después de acaloradas discus-
iones y examen imparcial de las cualidades que
adornan a cada miembro para hacer que la bar-
quilla de Pedro bogue con habilidad conciliato-
ria por entre la Silla del Vaticano y el Caribdis
del Quirinal, Pío IX ha propuesto, y por unani-
midad aceptado el Sacro Colegio, un Papa: ¡el
Cardenal Pecci, Arzobispo de Perugia! La secta
se calla que ha sido de los otros Papas que nos
ha nombrado desde que Pío IX da en la gracia
de no querer morir, y como si fuera la primera
vez que nombra Papa, se fija en la magnitud
del suceso, por las incalculables consecuencias
que va a producir, las cuales son canónicas y
políticas: lo primero, porque la Santa Sede da
el ejemplo de nombrarse sucesor, en vida y sin
abdicación del propietario, cosa nunca vista en
los fastos eclesiásticos, y lo segundo, porque
con tal elección terminan para siempre los do-
lores de Italia y de la Iglesia. Lo candoroso im-
porta poco a la secta, después de haber defendido
con tanto afán la formación regular de un
Ónclave en Roma, bajo la égida del piamontés,
y conviene en que están bien derogados los Cá-
nones, en gracia de la utilidad política. Demás
está decir que esta utilidad nace de las prendas
del elegido. El Quirinal presidente que sus uñas,
después de haber rasgado la túnica inconsútil
de la Iglesia, acabarán por rasgarle la conciencia
y quiere preverse con una absolución a su
gusto.

De los Papas pasados nada obtuvo, de los fu-
tuos nada espera, del presente está desahucia-
do... a formarse, pues, un Papa a la imagen y
semeblanza quirinalense. Mas como Víctor Ma-
nuel no ha llegado aún a hacer Cardenales,
tiene, para hacer un Papa, que recurrir a los
creados por la Santa Sede, y después de recor-
ridos todos y tomados y vueltos a dejar, inspi-
rado por el espíritu judaico, Dina, en persona,
fíjese en el ilustre titular de San Crisógono, y
le presentó a Bismarck como candidato acep-
table. Bismarck escribió su nota recomendati-
cia, la prensa prusiana puso en las nubes al
Cardenal Pecci, hizo viaje redondo el panegí-
rico, y la secta, asombrada de ver en los periódicos
la noticia que ella inventó, la confirma y la
celebra. ¿Con qué pecado cargó el Pastor de
Perugia para que le besen los Judas de Berlin
y el Quirinal? Ni ellos mismos lo saben, pero
un vecino liberal de Carpineto, patria de su
eminencia, recuerda haber oído que otros ase-
guraban, por referencias fidedignas, habérselo
afirmado que el Cardenal Pecci allí en sus mo-
ciedades era liberal, y algo más, republicano, y
que hombre generoso y recto, como es, crecido
en años, se convirtió en un verdadero demó-
crata, capaz de resolver el problema de la amistad
eterna entre los Constantinos y Nerones ó entre
Enrique V y Víctor Manuel II.

Puesto que la secta concede a Su Eminencia
las prendas de generosidad y rectitud, que tie-
ne en efecto, con otras no menos loables, el Di-
na, consejero del Quirinal y autor de la caadi-
datura, debiera recordar que cabalmente aque-
llas prendas caben dentro de la gran sentencia
de Burke: «El que a los veinte años no es repu-
blicano, hace dudar de la generosidad de su
alma; pero quien después de los treinta sigue
saludando republicano, hace dudar de la rectitud
de su espíritu; y por lo tanto, que el Cardenal
Pecci, hombre generoso y recto, no puede a
los 63 años ser republicano, si además no lo fué
nunca, como no lo fué.

Fuérlo, y... ¿qué provecho sacaba el Quiri-
nal? No es de sus huéspedes tal calificación. La
parte moderada de la secta solo dice que Su
Eminencia se mantiene en una prudente especu-
lativa, y que su moderación actual es de feliz
augurio. Mas la parte republicana dice que ce-
lebraría tal elección, en el supuesto de que el
candidato u otro se declarara republicano, por-
que entonces el Papa, desde el balcón de la

Basílica Vaticana, anunciaría *urbi et orbi* que
habíendose hecho todos los reyes indignos de
reinar, proclamaba la República cristiana uni-
versal.

Después de tal descubrimiento ya no conve-
nía al piamontés el Cardenal Pecci, y tendrá
que continuar con su linternita de Diógenes,
buscando un Papa que se le asiente bien en la
conciencia.

También tiene que buscar iglesia y quien le
diga misa. Dice él que no quiere Pío IX que sea
celebrada a su presencia y *en profeso* en el Qui-
rinal. Tampoco quiso el Cardenal vicario tras-
formar en parroquia piamontesa la iglesia de
San Andrés; pero tranquilícese el primer man-
damiento de la Iglesia, pues Víctor Manuel
quiere oír misa, y la oír. No hallando quien,
ni dónde, ha dispuesto que en la posición de
Belladonna se le construya una capilla, la cual
dentro de seis meses quedará nombrada real
parroquia. Es posible que el Obispo propio se
escuse de habilitarla al culto, y que a nadie
delegue ni autorice a servirle; mas conste que
ya desde hoy hace Víctor Manuel cristianos
esfuerzos para ir a misa.... dentro de seis me-
ses, si no la oye, culpa será de los que antepo-
nen la reconciliación del piamontés con la Igles-
ia a la erección de una parroquia real.

Los anteriores esfuerzos por hacerse con un
Papa y una parroquia, corren parejas con los no
menos eficaces por destruir parroquias y Papa.
Comenzada la venta pública de los bienes ecle-
siásticos del distrito de Roma; el Quirinal pa-
recía como limitarse a conventos y parroquias
particulares, respetando por hipótesis rubor
las grandes basílicas. Hoy la vergüenza cedió
su paso a la rapia y esta se estienda ya a las
basílicas patriarcales de San Juan Lateranen-
se, Santa María la Mayor y San Pedro al Vati-
cano; es decir, a lo más grande y glorioso que
encierra Roma. Un aviso de la junta expoliado-
ra comienza a poner en venta los bienes de
aquellas basílicas. ¿Esa pobre España nada tie-
ne que reclamar? ¿Llega ese bajo imperio al es-
tremo de que ni aun se atreve a decir, «me ro-
ban»? Los necios que creen al moderantismo re-
volucionario capaz de respetar algo, se con-
vencen de que el paso regular es su consigna y
que con él avanzan más que al paso de carga?
Si Dios le da tiempo, de las basílicas patriar-
cales a sus palacios, no hay más que otro paso
moderado, y se dará.

Ó mejor, está ya dándole. Arrojadlos de sus
casas frailes y monjas, la atribulada multitud
ha tenido que cobijarse en casas particulares ó
en aquellos establecimientos todavía no inva-
didos ó que hay esperanza, necia se entiende, de
salvar. La secta ignora con precisión los pun-
tos de refugio; mas para que nada se escape a
su garra, cita los que bien le parecen, y entre
ellos, San Juan, Santa María y San Pedro le
sirven de especial aguijón: arrojar de un con-
vento a los religiosos y consentirles que se al-
berguen en otros edificios del Estado, es infringir
la ley. A nombre, pues, de la ley, las fami-
lias del Señor que han dado pan y hogar al
mundo, deben ser reducidas a tener aire por
pan y cielo por techo. De tanta indignidad no
podía hacerse eco otro que el Quirinal: sus ó-
rganos piden que la ley se cumpla, que el Papa
no la eluda, que se ocupen los edificios que no
robaron de una vez las garantías. En ninguna
de aquellas basílicas hay un fraile, ni una mon-
ja, pero el Quirinal los vé a cientos: son focos
de reacción y para que el furor público no con-
funda frailes y monjas con objetos de arte y
todo sucumba, el Quirinal, que quiere salvar
el arte, debe tomar los edificios y expulsar a
los causantes de su probable perdición.

Este lenguaje liberal-moderado no es desde
luego aplicable al palacio Vaticano, porque,
aunque el Quirinal lo deseaba, al Vaticano no
han ido los generales de las órdenes; pero hay
que poner el pie allí y como el Quirinal tropie-
za con la persona del Pontífice y con el escán-
dalo de que ni aun su techo sea respetado, el
Quirinal quiere entrar moderadamente sin dar
escándalo ni ofender la persona. El palacio
tiene varios museos; estos museos son del Es-
tado: si el Estado no los recobra y pronto, la reac-
ción los hará desaparecer: el Estado, pues, en
nombre del arte ó de la uña, debe tomar posesi-
ón de los museos, aunque solo de aquella parte
no ocupada por el Pontífice, con lo que este
queda en su casa y el Estado en la del Pon-
tífice.

Los mismos que tenían por imposible que el
Quirinal vendiera los bienes de las Bantías,
defienden con ardor que el Quirinal no tomara
los museos; tales ilusos hacen a la Iglesia más
daño que Víctor Manuel con su pluma y con
las espadas ajenas. El Quirinal tomará los mu-
seos, si tiene tiempo; cuando se cruce de brazos
no será por cansancio ó respeto: será porque no
tiene donde aplicar la mano, por haberlo roba-
do todo. Después sufrirá la pena del talión, no
por venganza de la Iglesia, sino porque aque-
llos a quienes enseñó a derribar tronos y tomar
bienes, derribarán el suyo y saquearán el resto.

Mientras le llega su hora, la secta por él re-

presentada sigue contra el culto católico sus
trabajos de demolición, y en favor del pagano
sus obras de restauración. Una de las antiguas
glorias de los primeros siglos de la Iglesia es
Santa María Liberadora en el Coro Romano.
Pues bien, para vengarse de quienes derribaron
el templo de Castor y Polux y alzaron en su
lugar el de Santa María; Víctor Manuel, ven-
gador del paganismo, ha firmado la demolición
de Santa María, con que tener el consuelo de
ver un templo cristiano en tierra para besar al
menos el área del pagano. Tal demolición no
resucitará a Castor y Polux, pero la secta dice
que diente por diente.

Asimismo, el histórico templo de San Sil-
vestre *in Capite*, está ya designado a la piqueta
del Quirinal. So pretexto de una vía recta,
que pudiera comenzar por otro punto, San Sil-
vestre viene al suelo... tiene el delito de haber
servido para reunión de los Cardenales antes
del Ónclave, y de estar con sus recuerdos
sobre San Silvestre y Constantino, la vista del
restaurador de aquello, que destruyeron tan
gran Papa y loado príncipe. Víctor Manuel,
que proyecta entrar en el Vaticano por sal-
var los objetos de este acuerdo la demolición
de otros de más precio, para que los caballos
de su coche no tengan que dar una pequeña
vuelta y rendir homenaje al arte y al célebre
Pontífice.

El piamontés que se desdiseña por oír misa,
dentro de seis meses, en capilla propia, ha es-
tado el juicio destructor del síndico Rabagas,
dividiéndole en son de broma: «¿Cuándo me derri-
ba Vd. eso?». El conde republicano que en efecto
trabaja por derribar el galantísimo y cumplir
su profecía, le prometió servirle sin demora,
puso a San Silvestre como estorbando la vía Na-
cional, decretó su demolición y... el Cardenal
Vicario, lleno de amargura le dirigió una atenta
comunicación demostrando la ninguna necesi-
dad que había de cobrarse en tan insigni-
ficante monumento; pero Rabagas le contestó que no en-
tendía de recuerdos, ni de arte, ni topografía y
que San Silvestre vendría al suelo, a pesar de
las alharacas clericales.

Aquí también pueden estudiar los que atraí-
dos por el susurro moderado creían que la des-
amortización en Roma, sería hija de otra ma-
dre y que las Iglesias no entrarían en los cálcul-
os revolucionarios. La madre produce iguales
monstruos: varía en la forma de darlos a luz,
según toma por instrumento Napoleón, doña
Isabel ó Víctor Manuel, pero comienza en todas
partes por decir que sus monstruos necesitan
de los bienes de la Iglesia para alimentarse, y
acaba por engullir bienes de Iglesia. Para a su
vez ser engullida.

Seguiré en mi próxima esta vía dolorosa y se
repite con afecto

TAMIRIO.

LA GUERRA CONTRA EL CATOLICISMO EN RUSIA. (I)

(Traducción de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.)
(Continuación.)

II.

Después de lo que acabamos de decir, es cla-
ro que este catolicismo es peligroso y perjudi-
cial a la empresa que se propone el Gobierno
ruso, y perjudicial también a los intereses
esenciales del país occidental; pues que se está
desfrendiendo de Rusia un país que debiera
confundir para siempre sus destinos con los
del imperio.

El interés general del Estado y el bien parti-
cular de la comarca, exigen que el clero lati-
no-polaco y la población entera, queden en ta-
les condiciones, que la religión, ó mejor dicho,
sus principales fundamentos no pueden impe-
dir en el país el mayor desarrollo de la vida so-
cial, fundada en principios eminentemente
rusos.

Obras de esta naturaleza, no se verifican en
un momento. No se destruye en pocos días ni
con medidas violentas, el resultado del trabajo
de muchos siglos. Pueden, si, edificarse, cen-
tenares de iglesias rusas, ó convertir a la orto-
doxia a millares de católicos; pero no por eso el
latinismo quedaría quebrantado; al contrario,
se haría más fuerte. Es preciso combatirlo en
sus principios fundamentales; conducir las co-
sas a tal estado que quede envuelto, por decirlo
así, en sus propias redes, y que se hunda por
su propio peso; entonces será fácil envolverle,
encadenarle y conducirle donde se quiera.

La Iglesia latina, es un edificio que se cae
de viejo y amenaza ruina. El potente coloso decae
visiblemente, y la misma Italia es quien le
mina.

En el seno de aquel país y en los dominios
mismos del Papa se ven surgir nuevas sectas
que desechan el papado. El rey y los ciudadan-
os más eminentes de Italia, están también ex-
comulgados. Renegar del papado y atraerse el
anatemata del Papa, son, a la vez, actos meri-
tosos y patrióticos para los Italianos, que hacen
causa común con los intereses nacionales del
país causa anatema y esta apostasía; viendo en
ello una prueba manifiesta del amor de la pá-
tria y de la abnegación de sí mismo y siendo a

sus ojos el papado el símbolo del despotismo y
el obstáculo a la marcha progresiva, al desarro-
llo y a la unidad de Italia.

En Francia la Iglesia católica lleva el nom-
bre de galicana, y la influencia del Papa en los
asuntos de aquel país es insignificante. En Aus-
tria, y generalmente en Alemania, el papado es-
tá conmovido en sus mismos fundamentos. En
Rusia es todo lo contrario. Aquí el latinismo es
la bandera nacional. Dejar de ser latino es de-
jar de ser polaco. El oprobio y el desprecio al-
canza a cuantos se hacen ortodoxos; y esto no
en virtud de convicciones religiosas; no, sino
porque el que se sustrae a su religión, parece
que se sustrae a su nacionalidad y a su pasado,
es, en una palabra, como si hubiese vendido su
conciencia a los bienes terrenales. La Iglesia la-
tina, decretada como está dispone todavía de po-
derosos medios de acción, principalmente en
Rusia.

Sus adeptos, *Resurreccionistas*, que se reclu-
tan entre las gentes de toda religión y de toda
condición, tienen el arte de ganar las almas; de
volverlas y tornárlas a su gusto, de guiarlos a
la abnegación más completa, a la humildad y a
la más absoluta obediencia.

Se comprende bien, la fuerza que puede pro-
ducir semejante sistema, en el momento de una
revolución política. Para ella, todos los medios
son buenos, el espíritu y la voluntad están con-
stantemente en expectativa ante la perspectiva
de esperanzas irrealizables; la conciencia tran-
quila, puesto que toda acción mala es permiti-
da como un acto necesario, como un sacrificio
exigido por la santa causa; el corazón se llena
de regocijo y la muerte misma tiene encantos
indescubiertos; porque todo cae bajo las alas pro-
tectoras de la santidad, del deber, y del sacrificio
personal. La gloria corona las víctimas naciona-
les (*Ogary novodoré*) en la tierra, y los queru-
bines descienden del cielo ante ellos para ofre-
cerles los lugares más honrosos.

Pietro el Grande reconoció ya el peligro y los
inconvenientes de dos poderes en un Estado,
el del emperador y el del Patriarca; y sin em-
bargo, en nuestros días el Gobierno mismo ad-
mite la autoridad del Papa. Podrá abolirse el
Concordato; podrán cerrar todos los monas-
terios, disminuir el número de parroquias y el de
clérigos; podrá hacerse volver a la ortodoxia a
millares de católicos; pero mientras exista en
Rusia la Iglesia latina, no decaerá el poder del
Papa, y cuanto más decaído esté en la aparien-
cia, mayor influencia moral tendrá.

III.

La Iglesia latina disfruta de grandes liberta-
des en Rusia, y su dependencia del Papa es
mucho mayor que en los demás países católi-
cos. El Gobierno ruso se ha privado del derecho
de nombrar Obispos y el metropolitano que
quiera, no hace más que indicarle, pues su con-
firmación corresponde solo al Papa. Este es uno
de los mayores inconvenientes. El Papa tiene
sus agentes en Rusia, principalmente entre los
Capellanes adscritos a las embajadas extranje-
ras. También los tiene entre los eclesiásticos
del país. Esto esplica perfectamente el por qué
los Obispos, aun los mejor intencionados, espe-
rimientan trabas y dificultades en su acción. El
temor de perder la consideración de sus fieles,
corriendo el peligro de exponerse a una amo-
nación del Papa, les obliga a ser muy cir-
cunspectos, lo cual hace que las relaciones con
el Gobierno sean siempre frías y tirantes.

De resultados de los últimos acontecimientos
políticos, promovidos en su mayor parte por
clérigos, los católicos, como representantes de
la idea latino-polaca, han perdido la confianza
del Gobierno. Los propietarios, arrendatarios y
empleados indígenas están considerados como
hostiles a los intereses rusos. Todas las clases
sociales, a excepción del Clero, han tenido
algo que sufrir. Es verdad que de resultados de
las nuevas circunstancias en que se encuentra
ha perdido una buena parte de sus bienes ma-
teriales; sin embargo, no ha quedado privado
por eso de medios de subsistencia, y su influjo
en la sociedad polaca es todavía muy podero-
so. Cuanto más desprovisto se vé un Clérigo de
todo recurso humano, tanto más se reviste de
jesuitismo, y tanto más simpático aparece ante
la viciada turba de los devotos. Por el contra-
rio, un Clérigo que cumple con su deber, pero
que es franco en su conducta: un Clérigo que
no se olvida de que es hombre, este es aborre-
cido ó despreciado por sus hermanos. Se pro-
pagan contra él rumores a cual más absurdos;
se exageran sus debilidades, se le pierde en la
opinión pública.

Por fortuna, el número de estos clérigos es
considerable, por más que sean poco influyen-
tes, y de que se les tenga en la oscuridad, de la
que no salen a ocupar un puesto de más impor-
tancia social, como no sea casualmente ó de re-
sultas de sus relaciones civiles. Es verdad que,
aun entre los mismos clérigos más honrados y
de mejores intenciones, se encuentran pocos que
no sean egoístas, ambiciosos, avaros y envidio-
sos. No busques verdadera amistad entre ellos.
Es verdad que el celibato les hace naturalmen-
te duros y hasta implacables. Muchos de ellos,
impulsados por la ambición ó por la envidia,
procuran perjudicarse mutuamente siempre
que se les presenta ocasión. Esta enemistad ca-
si nunca llega a convertirse en un hecho públi-
co, ó mejor dicho, aparece rara vez a los ojos de

los seglares; porque a pesar de la divergencia
de intereses y de miras, y a pesar de sus reñe-
ros recíprocos, todos están unidos por la idea
común del Papado.

No se comprende bastante bien entre nosotros
cuán grande es el poder de un diocesano. Todo
depende de él. Si quiere, puede alejar ó detener
el mal, cambiar las medidas perjudiciales ó in-
convenientes. Pero si es el campeón celoso de los
dios del Papado, puede también viciar toda
tentativa ó proyecto que se encamine al logro
del progreso ó del interés general.

La fuerza moral del Papado une todo el Clero
latino en un solo todo, y forma de él poder
aparte, un organismo distinto en el Estado,
perjudicial a la sociedad y mucho más a la cau-
sa rusa.

¿Y qué es el Papado si no? ¿De dónde procede
esa fuerza secular que ni Huss, ni Lutero, ni
Calvino, ni la guerra de los treinta años, ni el
mismo Napoleón I han conseguido destruir?
¿Existirá todavía aquella fuerza, aquel poder
de un Hildebrando convertido en Dios? Difícil
es responder a esta cuestión, una cosa es indud-
able, sin embargo: que al presente esa fuerza
y ese poder comienzan a quebrantarse; que la
nueva organización interior de Italia trata de
arrancar con fuerza las raíces de esa fuerza gi-
gantesca y que debe romperse al fin.

Por lo demás, esta no es la cuestión para nos-
otros. Aquí no hay nadie, ni siquiera en las
provincias occidentales, a excepción de algu-
nos devotos ó fanáticos, que crea en la infalibi-
lidad pontificia. La opinión pública comienza
ya a levantarse contra la actual administración
eclesiástica, porque todo el mundo está cansa-
do de la arbitrariedad, de la avaricia y de las
intrigas que dominan en las instituciones ecle-
siásticas, particularmente en los sínodos, a los
que se ha llamado con razón venales. No puede
consentirse ya que en un Estado bien organiza-
do, donde todas las ramas de la administración
experimentan reformas, donde todo está sometido
a discusión y juicio público, sean solamente
los Obispos con sus sínodos los que conser-
ven el carácter de las instituciones políticas de
la Edad media, en las que todo se hacía oculto
y callado, en las que no podía penetrar la vista
de los seglares, y de cuyas resultas muchas
veces hasta el padre de familias se veía, priva-
do de poder obrar con independencia, ni siguie-
ra en el seno de su familia, teniendo que tem-
blar ante aquel areópago compuesto de gentes
que se abrogaban el poder de interpretar por
sí solos la ley, y que a veces no reconocen, y
hasta rechazan abiertamente las leyes civiles
del país.

La organización de las instituciones civiles
en Rusia, es tal, que aún prescindiendo de los
negocios políticos, no podrían tolerarse en el
Estado. La opinión pública polaca reconoce el
mal, pero se calla y castiga al que se atreve a
combatirlo, como si se combatiere la unidad
polaca, porque las palabras católico y polaco
son sinónimos.

Según las enseñanzas de la propaganda lati-
na, ningún hombre fiel a la religión puede
querer bien al emperador que es a sus ojos un
hereje; tampoco puede ser adicto al Gobierno
en el que vé un perseguidor de la fé católica y
de sus ministros.

Este estado de cosas es insostenible; ninguna
medida, ni rigor podría remediarlo, y la suerte
más lamentable está indudablemente reserva-
da a las provincias occidentales si no se estin-
gue en ellas por completo la influencia del Pa-
pado y si las instituciones papales de la Edad
Media no se extinguen por completo. Es indis-
pensable una reforma radical.

La esencia de la Iglesia católica es la misma
que la de la Iglesia ortodoxa; las diferencias
son insignificantes y el tiempo las borrará bien
pronto. Lo que es perjudicial es la influencia
del Papado, es su separación y su autonomía;
lo grave es que, destruyendo las leyes huma-
nas, la Iglesia latina altera la ley divina; que
el Papa se llame Dios y que sus adeptos se es-
fuercen en creer, no solamente en la infalibi-
lidad de su jefe, sino también en su propia in-
falibilidad. Es necesario estrigar la idea del Pa-
pado y reforzar las instituciones y los poderes
eclesiásticos, conforme al espíritu de la época y
a los intereses del Estado; en una palabra, es
necesario crear, en lugar de la Iglesia latina,
una *Iglesia católica eslava*.

Toda destrucción violenta produce solamente
ruido y escándalo. Es necesario, pues, hacer
una reforma graduada, reflexionada con madu-
rez y que pueda dar resultados eficaces y dura-
deros. Para abatir y destruir el antiguo órden
de cosas, y consolidar el nuevo, es indispensa-
ble emplear medidas provisionales, conformes
a las circunstancias de los lugares y de los
tiempos; es necesario antes pasar por una épo-
ca de transición.

Este período de transición puede emplearse
en la extirpación consciente, espontánea y gra-
dual del terrorismo latino. Debe también em-
plearse en desarrollar la convicción de que la
felicidad del país occidental se verificará en
el porvenir por el amor, por la fraternidad y
por la unión completa de las referidas comar-
cas con el resto del imperio en sus relaciones
políticas como religiosas.

(Se continuará.)

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

Madrid, 6 de Diciembre de 1873

CARTA ENCÍCLICA
DE
NUESTRO SANTÍSIMO PADRE
EL PAPA

PIO IX

A TODOS LOS PATRIARCAS, PRIMADOS,
ARZOBISPOS, OBISPOS,
Y A TODOS LOS DEMÁS ORDINARIOS EN GRACIA
Y COMUNIÓN CON LA SEDE APOSTÓLICA.

PIO IX, PAPA.

VENERABLES HERMANOS:

Salud y bendición apostólica.—Desde el principio de Nuestro largo Pontificado hemos tenido que sufrir aflicciones sin número y amargos dolores, por diversas causas que hemos enumerado frecuentemente en Nuestras Cartas Encíclicas; pero en estos últimos años ha aumentado de tal manera el gravamen de Nuestros padecimientos, que Nos habría abrumado si no estuvieramos sostenidos por la divina Misericordia. Últimamente, las cosas han llegado a un punto, en que la muerte misma parece preferible a una vida agitada por tantas tempestades, y en que algunas veces Nos vemos obligados a exclamar, levantando los ojos al cielo: «Más valdría morir que ver los males del Santuario (1).»

Desde que, por permisión divina, esta ilustre ciudad, Nuestra capital, fué tomada por las armas y sometida a la dominación de una raza de hombres violadores del derecho, enemigos de la religión, conculcadores de las cosas divinas y humanas, no ha habido día en que no se hiciera una nueva herida a Nuestro corazón lacerado por toda suerte de injurias y vejaciones. Aun resuena en Nuestros oídos el eco de los gemidos y clamores de las religiosas y de los religiosos que, arrojados de sus casas y despojados de todos, son violentamente separados y dispersados, tratados como enemigos y como si estuvieran dedicados a trastornar el orden social. Porque, según lo decía Antonio el Grande citado por Atanasio, el demonio de la testar, en verdad, a todos los cristianos; pero no puede soportar de ninguna manera a los buenos religiosos y a las vírgenes de Jesucristo.

Hasta hemos visto recientemente lo que no creíamos que pudiese suceder nunca; hemos visto suprimir y abolir Nuestra universidad gregoriana, esta universidad, que, según el testimonio de un antiguo autor que trataba de la escuela romana de los anglosajones, fué fundada para que los jóvenes Clérigos de las regiones lejanas viniesen a instruirse en la doctrina y en la fe católicas, y volvieran a su país, afirmados en la verdadera fe, preservando así a sus Iglesias de una enseñanza herética o contraria a la unidad. De esta manera, se Nos quitan poco a poco, con pífido arte, todos los medios e instrumentos que Nos sirven para dirigir y gobernar la Iglesia; y se pone de manifiesto la falsedad de la impudente afirmación de que en Nuestra ciudad, arrebatada a Nuestro poder, no se ha cercenado la libertad del Romano Pontífice en el ejercicio de su ministerio espiritual y en todos los actos que comprenden sus relaciones con el mundo católico. Por el contrario, cada vez es más manifiesto que Nos habíamos con toda verdad y justicia todas las veces que hemos denunciado que la sacrilega usurpación de Nuestro poder, tiene sobre todo por fin destruir la fuerza y la eficacia del primado Pontificio y aun, si fuera posible, hacer desaparecer enteramente la religión católica.

Pero no es por los males que sufren Nuestra ciudad y toda Italia por lo que principalmente hemos resuelto escribirlas. Antes bien, tal vez habríamos pasado en triste silencio estas angustias de Nuestra alma, si Nos hubiera sido dado por la misericordia divina endulzar los crueles dolores que afligen en otras comarcas a tantos Venerables Hermanos Nuestros con su Clero y su pueblo.

En efecto, no ignorais, venerables hermanos, que algunos de los cantones de la federación helvética, excitados, no tanto por los heterodoxos, algunos de los cuales hasta han reprochado esos atentados, como por los violentos partidarios de las sectas que en todas partes han usurpado el poder, han subvertido toda regla y minado los fundamentos mismos de la constitución de la Iglesia de Jesucristo, no solamente contra todos los principios de la justicia y de la razón, sino violando la palabra públicamente empeñada, puesto que según los términos de los pactos solemnemente confirmados por el sufragio y la autoridad de las leyes de la Confederación, la libertad religiosa de los católicos debía estar completamente asegurada. Ya en Nuestra alocución de 23 de Diciembre del año último, deploramos esa violencia hecha a la religión por los Gobiernos de aquellos cantones, «ya decidiendo de los dogmas de la fe católica, ya favoreciendo a los apóstatas, ya impidiendo el ejercicio de la Potestad episcopal.» Pero esas injustas quejas dirigidas de orden Nuestra al Consejo federal por Nuestro encargado de negocios, han sido completamente despreciadas, y no han producido mejor resultado las representaciones hechas por los católicos de todas clases y frecuentemente reiteradas por el episcopado suizo. Antes, por el contrario, a las primeras injusticias se han añadido otras nuevas y más graves.

Porque después de la violenta expulsión de Nuestro Venerable Hermano Gaspar, Obispo de Hebron y Vicario apostólico de Ginebra, expulsión que ha sido para la víctima tan hermosa y tan gloriosa como vergonzosa y vil para los que la han ordenado y ejecutado, el Gobierno de Ginebra ha promulgado, el 23 de Marzo y el 27 de Agosto de este año, dos leyes que están enteramente conformes con el proyecto publicado en el mes de Octubre del año anterior, el cual ha-

bia sido condenado por Nos en la alocución de que acabamos de hablar. Por otra parte, ese Gobierno se ha arrogado el derecho de reformar en aquel cantón la constitución de la Iglesia católica y darle una forma democrática, sometiendo al Obispo a la autoridad civil, así para el ejercicio de su propia jurisdicción y de su administración, como para la delegación de su poder, prohibiéndole tener su domicilio en el cantón, determinando el número de parroquias y sus límites; proponiendo la forma y las condiciones de los Párrocos y de los Vicarios; los casos y forma de su revocación o suspensión; atribuyendo a los legos el derecho de nombrarlos, confiando asimismo a los legos la administración temporal del culto; en una palabra, colocándolos, a manera de inspectores a la cabeza de las cosas eclesiásticas. Además, se ha establecido en esas leyes que sin permiso del Gobierno, el cual sería siempre revocable, los Párrocos y los Vicarios no podrían ejercer ninguna función ni aceptar dignidades más altas que aquellas de que hubiesen sido investidos por la elección del pueblo; y en fin, que quedarían ligados al poder civil por un juramento que constituye una verdadera apostasía.

No hay nadie que no eche de ver que semejantes leyes no solamente son nulas y de ninguna fuerza, ya a causa de falta completa de poder en los legisladores legos, o tal vez heterodoxos, que las hacen, ya a causa de las cosas que así disponen y que están en oposición con los dogmas de la fe católica y de la disciplina de la Iglesia, sancionada por el Concilio de Trento y las Constituciones pontificias, de tal suerte, que esas leyes deben ser absolutamente desaprobadas y condenadas por Nos.

Hé aquí porque, en virtud del deber que nos impone Nuestro cargo, y usando de nuestra autoridad apostólica, Nos las reprobamos solemnemente y Nos las condenamos; declarando al mismo tiempo que el juramento que prescriben es ilícito y completamente sacrilego; y todos los que en el Gobierno de Ginebra o fuera de él, habiendo sido elegidos, según las disposiciones de esas leyes o de una manera semejante por el sufragio del pueblo confirmación de la potestad civil, o en asumir el cargo del ministerio eclesiástico, declaramos que incurrirán *ipso facto* en excomunión mayor reservada a la Santa Sede y en las demás penas canónicas; y en consecuencia, los fieles deberán huir de ellos, según la divina advertencia, como de extranjeros y ladrones que no vienen sino a robar, matar y perder las ovejas del Señor (1).

Tristes y funestas son las cosas que acabamos de recordar; pero han acaecido todavía cosas más funestas en cinco de los siete cantones de que se compone la diócesis de Basilea: Soleura, Berna, Basilea del Campo, Argovia y Thurgovia. Allí también se han establecido, acerca de la elección y revocación de los Párrocos y de los Vicarios, leyes que destruyendo el gobierno de la Iglesia y la constitución divina, someten el ministerio eclesiástico a un dominio secular y puramente cismático.

En consecuencia, Nos reprobamos y condenamos esas leyes, principalmente la promulgada por el Gobierno de Soleura el 23 de Diciembre de 1872, y queremos que se tengan para siempre por reprobadas y condenadas. Pues Nuestro Venerable Hermano Eugenio, Obispo de Basilea, por el hecho de rechazar con justa indignación y constancia apostólica ciertos artículos que le fueron propuestos, después de votados en un concilio o *conferencia diocesana* como la llaman, en la cual tomaban parte cinco representantes de los referidos cantones, fué despojado de su Episcopado, lanzado de su palacio y violentamente desterrado.

No obstante, tuvo motivo absolutamente imperioso para rechazar aquellos artículos, porque atacaban a la autoridad episcopal, echaban abajo el Gobierno gerárquico y favorecían despiertamente la herejía. Desde entonces no hay fraude y vejación de cualquier linaje a que no se haya recurrido a fin de que esos cinco cantones, pueblo y Clero fuesen arrastrados al cisma. Al mismo tiempo que se prohibía al Clero toda comunicación con el Pastor desterrado, se ordenó al Capítulo de Basilea que procediese a la elección de un Vicario capitular o de un administrador, como si la Sede episcopal estuviese realmente vacante; pero el Capítulo rechazó valerosamente la idea de tan indigno atentado, por medio de pública protesta.

Sin embargo, por sentencia y decreto de los magistrados civiles de Berna, se mandaba a asenta y nueve Curas del Jura que no ejerciesen su ministerio, además de abdicar sus cargos, y esto, por el único motivo de haber declarado públicamente que no reconocían otro Obispo ni Pastor que a Nuestro Venerable Hermano Eugenio, ni querían de manera alguna apartarse vergonzosamente de la unidad de la Iglesia. Sucedió, por consiguiente, que todo ese territorio que constantemente había conservado la fe católica, siendo incorporado anteriormente al cantón de Berna, bajo la condición y con la cláusula de que siempre conservaría intacto el libre ejercicio de su religión, viviese privado de las reuniones parroquiales, de las solemnidades del bautismo, de los casamientos y exequias, y eso, a pesar de las protestas, reclamaciones y quejas de la multitud de los fieles, condenada por tan extrema injusticia a la alternativa de recibir pastores herejes y cismáticos, impuestos por la autoridad política, o de verse privados de todo auxilio y ministerio sacerdotal.

Nos bendicimos, pues, a Dios, que difundiendo esta misma gracia, por medio de la cual levantaba y fortalecía en otro tiempo a los mártires, hoy sostiene y alienta a esa porción escogida del rebaño católico, virilmente unida a su Obispo, mientras él levanta un muro para la casa de Israel, a fin de que no desfallezca el día del Señor en el combate (2). Ajena al miedo, ella sigue las huellas del jefe de los mártires, Jesucristo, cuando oponiendo la mansedumbre del cordero a la ferocidad de los lobos, combate por su fe con alegría y constancia.

A imitación de esa noble constancia de los fieles suizos, el Clero y pueblo fieles de Ale-

mania siguen con celo no menos recomendable los ilustres ejemplos de sus Obispos. Estos, en efecto, han llegado a ofrecer un espectáculo al mundo, a los ángeles y a los hombres que los contemplan armados con la coraza de la verdad católica y con el casco de salvación, riendo vigorosamente donde quiera los combates del Señor. Si, por todas partes se admira tanto más su fortaleza de alma y su invencible constancia, y son celebradas con los mayores elogios sus virtudes, cuanto más se extiende diariamente la cruel persecución desencadenada contra ellos en el imperio de Alemania, y principalmente en Prusia.

Después de las numerosas y graves injusticias cometidas el año último contra la Iglesia católica, el Gobierno prusiano, por leyes las más duras e injustas, de todo punto contrarias a su conducta precedente, ha sometido tan completamente la institución y educación de los Clérigos al poder laico, que a este pertenece escoger y decidir la manera en que los Clérigos han de ser instruidos y formados para la vida sacerdotal y pastoral. Yendo todavía más allá, atribuye al mismo poder el derecho de conocer y juzgar de la colación de las cargas y beneficios eclesiásticos, y aun de privar a los pastores de las cargas y beneficios. Además, a fin de destruir más completamente y más aprisa el Gobierno eclesiástico y el orden de sujeción gerárquica instituido por Nuestro Señor Jesucristo, esas mismas leyes establecen varios impedimentos a lo que los Obispos ordenen por vía de censuras y de penas canónicas, según las circunstancias, ya para bien de las almas, ya para la pureza de la doctrina en las escuelas católicas, ya para obtener la obediencia que les es debida por los Clérigos.

En efecto, a tenor de esas leyes no es permitido a los Obispos ejercer en esas cosas su ministerio, sino según la condescendencia de la autoridad civil y conforme a las reglas establecidas por ella misma. En fin, para que nada faltase a esta opresión total de la Iglesia católica, ha sido instituido un tribunal real para los asuntos eclesiásticos, al cual podrán ser llevados los Obispos y los Pastores sagrados, así por los particulares que les están sometidos como por los magistrados públicos, de manera que puedan ser juzgados como acusados e impedidos en el ejercicio de su cargo espiritual.

Así la Santa Iglesia de Jesucristo a la que, por solemnes y repetidas promesas, y por tratados regulares los príncipes soberanos habían asegurado la necesaria e íntegra libertad de la Religión, gime hoy en aquellos lugares en que ha sido despojada de todos sus derechos espuesta a los ataques de enemigos que la amenazan con la ruina final; pues las nuevas leyes tienden a concluir con su existencia.

No es, pues, maravilla que la tranquilidad religiosa de otros tiempos haya sido profundamente turbada en ese imperio por semejantes leyes, al mismo tiempo que por otros actos conformes con los proyectos del Gobierno prusiano contra la Iglesia. Y si se acrimina a los católicos por no atemperarse a esas leyes, que no pueden aceptar en conciencia, será preciso, por igual motivo y de la misma manera, acusar a los Apóstoles de Jesucristo y a los mártires, que prefirieron sufrir los suplicios más atroces y hasta la muerte, antes que hacer traición a su propio deber y violar los derechos de su Santa Religión, obedeciendo órdenes impíos de príncipes perseguidores. Ciertamente, Venerables Hermanos, si no hubiese otras leyes que las del poder civil, y si esas otras leyes no fuesen de orden superior, de tal suerte que es obligatorio reconocerlas, y que está prohibido violarlas; si por consiguiente, esas mismas leyes civiles constituyesen la regla suprema de la conciencia, según la pretensión de impiedad de algunos, los primeros mártires y los que los han imitado serían más bien dignos de censura que de honor y alabanza cuando derramaban su sangre por la fe de Jesucristo y la libertad de la Iglesia; y lo que es más, no hubiera sido posible arrostrar las leyes y el capricho de los príncipes para difundir y propagar la Religión cristiana, mejor dicho, para fundar la Iglesia. Sin embargo, la fe enseña y la razón humana demuestra que existen dos órdenes de cosas, y que hay que distinguir dos potestades sobre la tierra: la una natural, que tiene la misión de velar por la tranquilidad de la sociedad humana y por los asuntos seculares, y la otra, cuyo origen está por encima de la naturaleza, que está a la cabeza de la ciudad de Dios, es decir, de la Iglesia de Jesucristo, y que fué instituido por Dios para la paz de las almas y su salvación eterna. Los deberes de estas dos potestades han sido muy sabiamente ordenados de manera que se dé a Dios lo que es de Dios, y al César, por Dios, lo que es del César. En efecto, así César es grande, lo es menos que el cielo, porque César depende de Aquel de quien depende el cielo y toda criatura (1). Ciertamente la Iglesia, no se ha separado jamás de aquel divino precepto; ella se aplica siempre y en todas partes a infundir en el ánimo de sus fieles el espíritu de sujeción que deben guardar invariablemente para con sus príncipes y los derechos seculares de los príncipes. Siguiendo al Apóstol, la Iglesia ha enseñado siempre que los príncipes son, no para terror de los que obran bien, sino para terror de los que obran mal; y ordena que los fieles sean sumisos no solamente por temor a la cólera del príncipe, y porque lleva la espada para castigar al que obra mal, sino también por conciencia, y porque, en su cargo, el príncipe es ministro de Dios (2).

Pero la Iglesia no ha recomendado este temor a los príncipes, sino respecto a las malas obras, excluyéndolo completamente de lo que atañe a la observancia de la ley divina, porque tenía presente lo que San Pedro enseña a los fieles: *Que ninguno de vosotros tenga que padecer como homicida, o ladrón, o calumniador, o codicioso de los bienes de otro; pero si alguno padece como cristiano que no se avergüence por eso y glorifique a Dios por ese título* (3). Siendo esto así, Venerables Hermanos, comprendereis fácilmente cuánto dolor ha debido sufrir Nuestra alma, cuando recientemente en una carta que nos dirigió el mismo emperador de Alemania, leímos una acusación no menos cruel que inesperada contra una parte, a lo que dice, de los católicos que le están sometidos, pero sobre todo contra el Clero católico de Alemania y contra los Obispos. ¡Y por qué esa acusación! Porque esos Obispos, no temiendo ni la prisión ni las tribulaciones, y no estimando su vida más que a sus propias personas (1), rehúsan obedecer las leyes de que hemos hablado con la misma constancia de que han dado pruebas antes de que fueran promulgadas, cuando sus protestas denunciaban toda la injusticia de esas leyes, y la explicaban en profundas exposiciones, monumento de fuerza y de solidez, que dirigían al príncipe, a sus ministros y a las Asambleas soberanas del reino, con aplauso de todo el mundo católico, y aun de muchos herejes.

Por eso es por lo que hoy son acusados de delito de traición, como si estuviesen de acuerdo y conspirasen en unión con los que se esfuerzan en turbar todas las clases de la sociedad humana, y esto a pesar de las innumerables y claras pruebas que atestiguan hasta la evidencia ya su incontestable fidelidad, ya su obediencia al soberano, ya su ardiente celo por los intereses de la patria. Hay más, se Nos acaba de rogar a Nos mismo que exhortemos a esos católicos y a esos santos Pastores a la obediencia de dichas leyes, lo cual equivale a proponernos, que Nos mismo trabajemos para oprimir y dispersar el rebaño de Jesucristo. Pero, confiados en Dios, esperamos que el Sermo Emperador, después de haber comprendido mejor y pesado más razonablemente la verdad de las cosas, desechará una sospecha tan increíble y tan mal fundada, concebida contra sus más fieles súbditos y no consentirá por más tiempo que su honor sea objeto de ataques tan vergonzosos, ni que se prolongue más tiempo contra ellos tan inmerecida persecución.

Por lo demás, Nos hubiéramos hecho aquí caso omiso de esta carta, a no ser que sin Nuestro consentimiento, y contra todos los precedentes establecidos, no se hubiera publicado en el periódico oficial de Berlín, al mismo tiempo que otra carta escrita por Nos y en la que apelábamos a la justicia del serenísimo emperador en favor de la Iglesia católica en Prusia.

Todos estos atentados que acabamos de enumerar están a la vista de todos. Por consiguiente, cuando los conebitos y las vírgenes consagradas a Dios se ven privados de la libertad común a todos los ciudadanos y expulsados con inaudita barbarie; cuando las escuelas públicas donde se instruye a la juventud católica se van sustrayendo diariamente de la saludable dirección y de la vigilancia de la Iglesia; cuando los noviciados establecidos para ejercitar la piedad, y cuando los mismos seminarios se cierran; cuando la libertad de la predicación evangélica está prohibida; cuando en determinadas partes del reino se prohíbe enseñar las nociones de la enseñanza religiosa en la lengua materna; cuando se arranca de las iglesias a los párrocos puestos en ellas por los Obispos; cuando los Obispos se ven privados de sus reatas, cargados de multas y amenazados con verse presos; cuando los católicos se encuentran perseguidos por toda clase de vejámenes, no es posible encerrar dentro de Nuestra alma todo lo que se nos ofrece, y no clamamos en favor de la causa de la Religión de Jesucristo y de la verdad.

Pero no son estas solamente las injusticias de que es víctima la Iglesia católica, sino que también hay que añadir a esto la protección abiertamente concedida por el Gobierno prusiano y los demás del imperio de Alemania a esos nuevos herejes que se llaman *viejos católicos*, por un abuso de la palabra que sería ridículo, si por el contrario no hiciera derramar lágrimas sobre tantos errores monstruosos, acumulados por dicha secta contra los grandes principios de la fe católica; sobre tantos sacrificios perpetrados en la práctica de las cosas divinas y la administración de los Sacramentos; sobre tantos escándalos espantosos, y por último, sobre la pérdida de tantas almas rescatadas por la sangre de Jesucristo.

Y es lo que intentan y a lo que tienen esos desgraciados hijos de perdición, es lo que resalta evidentemente de algunos de sus escritos, pero principalmente del escrito desvergonzado e impío que se ha publicado hace muy poco, por el que recientemente han reconocido por pseudo-obispo. Cuando combaten y derriban al verdadero poder de jurisdicción que pertenece al Soberano Pontífice y a los Obispos sucesores de Pedro y de los Apóstoles; cuando transfieren este poder al pueblo o, como ellos dicen, a la comunidad, rechazan y combaten el misterio infalible, tanto del Pontífice Romano como al de la Iglesia docente.

Oponiéndose al Espíritu Santo prometido por Jesucristo a la Iglesia, y que permanecerá siempre con ella, afirman con increíble audacia que el Pontífice romano, y con él todos los Obispos, los Sacerdotes y los pueblos unidos a él por la unidad de la fe y de la comunión, han caído en la herejía cuando han sancionado y profesado las definiciones del Concilio ecuménico del Vaticano. Por lo tanto, vienen a negar hasta la indecible de la Iglesia, y blasfeman al decir que esta Iglesia ha perecido en todo el mundo, y por consecuencia que su jefe visible y los Obispos se han engañado. De donde deducen la necesidad que a ellos se les ha impuesto de restaurar un episcopado legítimo en la persona de su pseudo-obispo, el cual, habiendo entrado, no por la puerta, sino por otra parte, como un saltador y un ladrón, atrae sobre su propia cabeza la condenación de Jesucristo.

Sin embargo, estos desgraciados que niegan los fundamentos de la religión católica; que combaten todos sus caracteres y propiedades poniendo en su lugar errores tan vergonzosos y multiplicados, o más bien tomados de los antiguos herejes, y que los han reunido para presentarlos al pueblo, no se avergüenzan de llamarse católicos y *viejos católicos*, cuando por su doctrina, por su novedad y su número rechazan lo más lejos de sí que les es posible el doble carácter de antigüedad y de catolicidad.

(1) August. in Psalm. 101, enarrat. 2, num. 8.º.

(2) Pacianus ad Sympron. ep. 3, n. 11. Cyprian de emit. Eccles. Optat. contra Parmen. lib. 7, n. 3. Sivyus, ep. 5, ad Episcopos ap. Innoc. 1, epp. ad Victric. ad conc. Carthag. et Miler.

(3) Leo M. serm. 3, in sua assumpt. Optat. lib. 2, n. 2.

(4) Petr. Chrys. ep. ad Entich.

(5) Concil. Aquil. inter. epp. Ambros. ep. 11, n. 4. Tharon. epp. 14 et 16, ad Damas.

(6) Bonif. 1, ep. ad Episcopos Thessal.

(7) Cyprian. contra Novatian. [Ep. 52 ad Antonium.

A la verdad que con mejor derecho todavía que en otro tiempo, San Agustín contra los donatistas, se levanta contra ellos la Iglesia, extendida como está por todas las naciones, fundada por Jesucristo Hijo de Dios vivo, sobre una piedra contra la cual no prevalecerán jamás las puertas del infierno, y con la cual Aquel a quien fué dado todo poder en el cielo y en la tierra, ha dicho que estará todos los días hasta la consumación de los siglos.

«La Iglesia exclama a su esposo eterno: ¿Quiénes son esos hombres que se separan de mí murmurando contra mí? ¿Qué gentes perdidas son esas que pretenden que yo poré? Enseñadme la escasa duración de mis días. ¿Cuánto tiempo estaré en este siglo? Enseñadme el por qué dicen: Existió, pero ya no existe. Por qué dicen: Las Escrituras se han cumplido, todas las naciones han creído; pero en medio de todas las naciones la Iglesia ha apostatado y ha perecido. Y el esposo la ha enseñado, y su voz no ha sido vana. ¿Pero cómo la ha enseñado? Hé aquí, dice, que yo estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos. Conmóvida con vuestros discursos y con vuestras falsas opiniones, la Iglesia pide a Dios que le señale la poca duración de sus días; y se encuentra con que el Señor la ha dicho: *Hé aquí que estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos*. Ahora direis vosotros: Pero esto lo ha dicho de nosotros. Somos y seremos hasta la consumación de los siglos. Interrogad al mismo Jesucristo: *Ecce Evangelio, dice, será predicado en todo el universo, en testimonio a todas las naciones y entonces llegará el fin*. Luego hasta el fin de los siglos, la Iglesia permanecerá en medio de todas las naciones. *Que los herejes perezcan, que perezcan cesando de ser lo que son, y que se les busque después, a fin de que sean lo que no son* (1).

Pero estos hombres, habiéndose sumergido más y con más audacia en la senda de la iniquidad y de la perdición, según sucede de ordinario a las sectas heréticas por un justo juicio de Dios, han querido constituir también una gerarquía. Han elegido, pues, y constituido por pseudo-obispo a un apóstata público de la Religión católica Joseph-Huberto Reinkens; después, para que nada faltase a ese tegido de desvergüenzas, se han dirigido para su consagración a los mismos jansenistas de Utrecht, a los que ellos mismos, antes de abandonar la Iglesia, tenían por herejes y cismáticos como todos los demás católicos. Y sin embargo, ese Joseph-Huberto se atreve a llamarse Obispo y lo que es aun más increíble se ha expedido un decreto público en el que se le reconoce y nombra como Obispo católico por el serenísimo Emperador de Alemania que le propone como si debiera obtener la plaza de verdadero Obispo y ser obedecido por sus súbditos.

Los principios más elementales de la doctrina católica, establecen que ninguno puede ser considerado como legítimo Obispo, si no está unido por la comunión de fe y de caridad a la piedra sobre la que se encuentra edificada la Iglesia de Cristo; si no está unido al Pastor supremo al cual han sido confiadas, para que las apacientes, todas las ovejas del rebaño de Jesucristo; si no está unido al que confirma la fraternidad que hay en el mundo. Y en efecto, ¿a Pedro es a quien el Señor ha hablado, a él solamente, para que fundase la unidad por sí solo (2).

«A Pedro es a quien ha concedido la bondad divina, esa grande y admirable parte su poder, y si ha querido que los demás jefes tuviesen algo de común con él, nunca sino por él ha dado lo que no ha rehusado a los otros» (3). De aquí procede el que de esta Sede Apostólica, en la que Pedro «vive, gobierna y da a los que la piden la verdad de la fe» (4) emanen todos los derechos sobre todos los individuos de la venerable comunión, (5) y es cierto que «esta Sede es para las Iglesias esparcidas por el mundo como la cabeza de estos miembros; de modo, que cualquiera que se separa de ella se hace extraño a la religión cristiana, porque deja de estar en el mismo cuerpo» (6).

Por eso el mártir San Cipriano, tratando del pseudo-obispo Novaciano, hasta le denegó el nombre de *cristiano* considerándole separado y arrancado de la Iglesia de Jesucristo: «Sea lo que quiera, dice, y sea quien quiera, no es cristiano el que no está en la Iglesia de Jesucristo. Por más que se envenene y en pomposos términos celebre su filosofía y su elocuencia, el que no ha conservado la caridad fraterna y la unidad eclesiástica ha perdido hasta lo que había sido anteriormente. Así como no existe de parte de Cristo más que una Iglesia dividida en muchos miembros para el mundo entero, no hay tampoco más que un Episcopado extendido en la muchedumbre de los demás Obispos que no forman sino un solo corazón. Luego este (Novaciano) se esfuerza en fundar una Iglesia humana con arreglo a la unidad de la Iglesia católica, reunida y junta de todas partes. Pero el que no observa ni la unidad del espíritu, ni la unión de la paz, y el que se separa del vínculo de la Iglesia y de la congregación de los Sacerdotes, este no puede tener ni el poder ni el honor del Obispo, porque no ha querido observar ni la unidad ni la paz del Episcopado» (7).

Nos, pues, que aunque indigno, hemos sido colocados sobre esta Cátedra suprema de Pedro para la guarda de la fe católica, a fin de conservar y defender la unidad de la Iglesia universal, Nos, conformándonos con el ejemplo de Nuestros predecesores y con las reglas de santas leyes, por el poder que se Nos ha dado del cielo, no solamente declaramos que la elección del referido José Huberto Reinkens se ha hecho contra la

(1) I Machab. 3, 50.

(2) Joan. 10, 5. 10.

(3) Ezech. 13, 5.

(1) Tertul. Ll. Apolog. cap. 30.

(2) Rom. 13, 3, sigg.

(3) I Petr. 4, 14 y 15.

(1) Act. 20, 24.

Ayuntamiento de Madrid

SEGUNDA EDICION.

De una carta de Peraleja del 3 de Diciembre, que publica *La Prensa*, tomamos los siguientes párrafos:

«La partida de Santés la componen unos 6,000 hombres; y digo mal, pues no son hombres todos, sino chicos de doce á catorce años en su mayor parte.

Esta partida, que pasó por este pueblo el día 23 del pasado, nos exigió, del propio modo que en todos los pueblos por donde va, dos trimestres de contribución, los caballos y las armas, y como no se satisfizo en el momento la primera exigencia, se llevó ocho vecinos del pueblo en rehenes, hasta que se hizo efectiva la cantidad impuesta.

Desde este pueblo fué á Gascuña, Olmeda y Canalejas, pernando también en Cañaveras, de donde fué á Priego después de mandar alguna fuerza á Alcega, único pueblo de la provincia de Guadalupe que ha pisado en esta excursión. A la noche siguiente estuvieron en Torralva, y la columna volvió estaba en Villar de Domingo García, que dista una legua, por lo que creímos inevitable un encuentro y segura la derrota de la partida Santés; pero figúrese usted cual sería nuestra sorpresa al ver que al día siguiente la columna sigue el camino de Priego, y sin molestar en nada á la partida, que ha podido continuar por toda la sierra de Cuena, reuniendo mucho dinero, armas, caballos y hombres; pues el entusiasmo ha sido muy grande al ver que estando tan próxima una columna ha tomado una dirección opuesta á la que debió tomar si deseaba atacarlos; y esto ha dado lugar á que se diga por parte de los carlistas de por acá que la tropa tiene miedo, lo cual les envalentona mucho.

En fin, los carlistas cobran la contribución, y los propietarios pagamos á unos y á otros, quedándonos como quedó el gallo de Moron (acarreando y sin plumas).

Responde de la exactitud de cuanto deja manifestado y se repite de V. afectísimo amigo, (El Corresponsal).

El Imparcial publica en su última hora las siguientes noticias:

«Hasta ahora no hay nada acordado respecto á la sucesión del ayuntamiento de esta capital.

—Los correos no pueden correr de Miranda á Vitoria por no ofrecer seguridades la circulación.

—Los carlistas amenazan cortar la línea férrea por la parte de Reinos; pero se han tomado todas las medidas para evitarlo.

—El estado de disciplina del ejército de Valencia es inmejorable.

—El general Moriones seguía ayer en Talavera.

No comprendemos bien qué significa el nombramiento del Sr. Martínez Campos para la capitania general de Cataluña, dejando reducido al Sr. Turon á general en jefe.

Pero así lo reza la *Gaceta*.

Grandes angustias están pasando radicales y conservadores (que se las prometen muy felices), con la conducta del Sr. Salmeron. Todo se les vuelve declamar sobre el triste porvenir de este país, y todo porque... no son ellos poder.

Y como en la desgracia se estrechan las amistades, vemos á radicales y constitucionales tan á partir un piñón; que, según se dice, los dos partidos van á formar uno solo, y se dará un puesto en la junta directiva de los constitucionales, al Sr. Martos.

Pero ¿qué más? Ahí está *La Iberia* y *El Imparcial* deshechos en mutuo cariño. El primero dice del segundo, que es el campeón más apuesto de la libertad, y el segundo, dice del primero, que se honrará en ir detrás de él, ya que en él aprendió á luchar por la libertad.

«Cómo cambian los tiempos! veremos que sale de todo esto.

Las noticias de la guerra que se nos comunican en los centros oficiales, carecen por completo de importancia; las fuerzas carlistas al mando de Vallés y Cucala continúan al frente de Valencia, en tanto que el general Palacios desde la provincia de Castellón da cuenta al Gobierno de la derrota de los citados jefes, ocurrida en el encuentro de Arcs.

Dícese que en el Consejo de ministros que ha de celebrarse esta noche, quedará resuelta definitivamente la cuestión de la crisis.

En el salón de conferencias se aseguraba esta tarde que por ahora no habrá modificación ministerial, y que tampoco se verificarán las elecciones.

Si esto es cierto, el triunfo de los enemigos del Gobierno no puede ser más completo.

Se asegura que ya no irá á Cartagena el general Zabala.

No falta quien afirma que el Sr. Salmeron ha puesto su veto á este nombramiento, por considerarle sobradamente reaccionario.

DESPACHOS TELEGRAFICOS.

(De la Agencia Fabra.)

LA PALMA, 4.—Según noticias de Porman ha llegado allí la escuadra inglesa. Se espera, los demás buques extranjeros.

La escuadra leal no saldrá ya de enfrente de Cartagena. Recibirá el carbón y las provisiones por medio de trasportes.

Continúa el bombardeo noche y día. Nuestras bajas son muy pocas, los artilleros están bien parapetados.

Los insurrectos desembarcaron ayer tarde en San Ginés, (mar menor) llevándose las provisiones que encontraron en aqu. 1 punto.

TURIN, 5.—La duquesa de Aosta ha entrado en la convalencia.

VERSALLES, 4.—Asamblea nacional.—Se eligen los dos individuos que faltaban para la comisión constitucional, los cuales resultan de la izquierda y del centro derecho. El ministro del Interior duque de Broglie contestando á una interpelección dice que levantará el estado de sitio tan pronto como exista una legislación regular capaz de hacer respetar el orden.

Se aprueba una orden del día favorable al gobierno por 407 votos contra 273.

BERLIN, 5.—Los periódicos oficiales desmienten que haya habido un desafío entre los generales de Mantuffel y Greben, pero los demás periódicos insisten en afirmarlo.

PARIS, 6.—El *Diario* oficial publica los decretos nombrando al general De Larochechault embajador en Londres; al general de Chaudard embajador en Roma; al duque de Noailles ministro de Francia en Roma en reemplazo del general Fournier y al general Bartholdi ministro de Francia en Washington.

BOLSA DEL DIA 6.

Renta perpetua al 3 por 100, publicado, 14-10, 07-12 y 17-12; pequeños, 14-00, 14-15, 50 y 20; á plazo, fin cor. fir. 14-22 1/2 y 25.

Renta perpetua exterior al 3 por 100, publicado, 18-10, 15, 20 y 50.

Billetes hipotecarios del Banco de España segunda serie: 93-50 y 25.

Bonos del Tesoro, de 2,000 rs., 6 por 100 interés anual, publicado, 52-35, 50 y 40.

Dichos en cantidades pequeñas, publicado, 52-20, 40 y 15.

Obligaciones generales por ferro-carriles, de 2,000 rs., publicado, 23-25, no publicado 23-49.

Acciones del Banco de España, no publicado, 167-50.

PARTE OFICIAL.

La *Gaceta* de hoy, publica dos decretos del ministerio de la Guerra, disponiendo que el teniente general, D. José Turon y Prat, general en jefe del ejército de operaciones de Cataluña, y capitán general del mismo distrito, continúe desempeñando el primero de los citados cargos, y nombrando para el segundo al mariscal de campo D. Arsenio Martínez de Campos.

Por el mismo ministerio se publican dos órdenes disponiendo sea dado de baja en el ejército el teniente de infantería D. Serafin Calderon del Correl; y que en lo sucesivo ha de 600 el número de cadetes de infantería, en vez de los 482 que marca el artículo 1.º del reglamento.

NOTICIAS GENERALES.

La temperatura máxima fué ayer en Madrid, á la sombra, de 17, y al sol de 25. Según los partes recibidos, ayer no llovió en ninguna provincia.

La reanudación del arbitrio sobre artículos de comer beber y arder, importó anteayer en Madrid 27,414 pesetas 81 céntimos.

En el tercer trimestre de este año han llegado á Nueva York mas de 30,000 emigrados de Irlanda, Inglaterra y Escocia, que van á América en busca de fortuna. Otra expedición de 10,000 emigrantes, en su mayor parte labradores, se organiza en Inglaterra, con destino á las posesiones inglesas del Canadá, la Australia y la Nueva Zelandia. Hasta ahora la corriente emigradora se alimentaba principalmente de las clases industriales, pero como los salarios de estas han subido mucho en toda Europa, van á buscar en el campo los brazos que Australia y América piden siempre al viejo mundo.

La India inglesa, especialmente la region de Bengala, está amenazada del hambre, á consecuencia de la escasez de las últimas cosechas.

El vapor-correo de Cuba, *Guipúzcoa*, ha desembarcado en la península los siguientes pasajeros:

Excmo. Sr. D. Juan Mauten Gabuti.—D. Fernando Bertran.—Ramon Valenty.—Severiano Gonzalez.—Victoriano Mauri.—Ignacio Estruch.—Joaquin Solis.—Laureano Gerona.—D. Emilia Dyllon.—D. Emilio Lopez.—Pedro Acevedo.—Juan del Nido.—Tomás Pardillo.—Joaquin Aymerich.—Juan Lopez Dorado.—Federico Velarde y señora.—Manuel Mellado.—Ulises Fernandez.—Bartolomé Plagué.—D. Isabel Sanchez.—D. Rafael C. Garcia.—Edonaro R. Pons.—Francisco Perez.—José Escarpentes.—Pedro Caballero.—Ramon Richart.—José Salichio.—Juan Cabot.—Javier Pardillo.—Mamerto Calvet.—José Martinez Perez.—Pedro Marin.—Salvador Selis.—José Ramirez.—Angel Mari Reñante.—Luis Alvala.—Rostinto Ventura.—Cinco sargentos del ejército.—Ciento quince soldados y seis confinados cumplidos.

La Santa Hermandad del Refugio y Piedad de esta capital, dedica solemnes cultos á su Patrona la Purísima é Inmaculada Concepción de María en la iglesia de San Antonio de los Alemanes.

El día 7 á las cuatro de la tarde se cantarán solemnes vísperas, y el día 8 á las diez y media será la Misa mayor, con manifestación y sermon, que predicará el doctor D. Enrique de Rivera y Palma.

En el oratorio del Espíritu Santo se celebrará una solemne novena en honor de la misma Inmaculada Concepción de María.

Dará principio el sábado 6 de Diciembre, y concluirá el 14 del propio mes. Todas las tardes á las cuatro se pondrá manifestación á su Divina Majestad; acto continuo se rezará la estación mayor; Rosario, al que seguirá el sermon, que predicará los días 6 y 7 el Sr. D. Pedro Carrasosa, el 8 el Sr. D. Emilio Santa María, el 9 y 12 el P. Poncilio Diaz, el 10 y 14 el Sr. don Tomás Fernandez Moreno, y el 11 y 13 el Padre José Abella; á continuación la Novena, Gozos, Santo Dios, Gredid y reserva, finalizando con la letanía y Salve á la Santísima Virgen.

En la iglesia de la Encarnación se celebrará también el día 8, á las diez de la mañana, la Misa solemne para celebrar la festividad del día, con sermon que predicará el doctor don Andrés José Celorrio, profesor del seminario conciliar de Logroño.

PARTE RELIGIOSA.

SANTOS DE HOY. San Nicolás de Bari, Arzobispo de Mira, confesor.—Es día de Ayuno.

SANTOS DE MAÑANA.—Domingo segundo de Adviento.—San Ambrosio, Obispo y mártir.

CULTOS.—Se gana el Jubileo de Cuarenta horas en la iglesia de Las Capuchinas, donde por la mañana habrá Misa mayor y por la tarde letanía, salve y reserva.

En las parroquias habrá Misa mayor con sermon sobre el Evangelio del día y por la tarde ejercicios con manifestación y sermon en San Millán, Arrepentidos, Caballero de Gracia; y en Santiago se celebrarán los ejercicios mensuales á los Sagrados Corazones de Jesus y de María, y dirá el sermon D. Leon Aguado.

Continúan las novenas de la Virgen de la Concepción.

VISITA DE LA CÔRTE DE MARÍA.—Nuestra Señora de la divina Pastora en San Antonio del Prado, ó en San Millán.

SANTO DEL LÚNES. La Purísima Concepción é Nuestra Señora, patrona de España.

CULTOS.—Se gana el Jubileo de Cuarenta horas en la iglesia de monjas Capuchinas, donde por la mañana habrá Misa mayor y panegírico y por la tarde letanía, Salve y reserva.

En las parroquias y conventos de religiosas habrá Misa mayor con manifestación por la solemnidad del día, y en la parroquia de Santiago la Misa solemne será á las doce.

Se celebrarán solemnes funciones á la Purísima Concepción de María, siendo oradores en la Misa mayor, en Santa María por la Archicofradía Sacramental, D. Mariano Puyol y Anglada; en San Luis por la congregación del gremio de cereros D. Manuel Uribe; en Santa Cruz por el deconiteros D. Emilio Santa María y en San Millán por la sociedad de católicos del distrito de la Latina D. Agustín Lorente en la Misa mayor y D. Lope Ballesteros en los ejercicios de la tarde.

Terminan las novenas de la Inmaculada Concepción, celebrándose hoy su fiesta principal y serán oradores, en San Andrés, en la Misa mayor y en los ejercicios de la tarde D. Lorenzo Sanchez; en San Marcos D. José García Romero y D. Vicente Pastor, en San Ginés D. Gregorio Montes y D. Enrique Rivera; en San Antonio del Prado, el Sr. Pastor y el Sr. Anglada; en las Trinitarias, D. Pedro Carrasosa y D. José Vigier; en la Concepción Gerolinia, D. Lope Ballesteros y D. Ignacio Villal; en el Oratorio del Olivar, D. Domingo Cuena y D. Estandis Almonacid; y en el barrio de Saimanca, don Vicente Lopez de Lerena y D. Ramon Garamendi.

En la capilla del Santísimo Cristo de la Salud, estará su Divina Magstad de manifestación por la mañana de diez á doce y por la noche de seis á ocho, en obsequio de su Divino Titular Jesús Crucificado.

Continúan las novenas de Nuestra Señora, y serán oradores: en el Oratorio del Espíritu Santo, D. Tomás Fernandez Moreno en la Misa mayor; y el Sr. Santa María, en los ejercicios de la tarde. En las monjas de la Latina, el señor Garamendi y el Sr. Vigier; y en San Ignacio, D. Juan José Motiua.

Hoy principian las novenas á Nuestra Señora de la Concepción en la Misa solemne, D. Juan Manuel Caris; y por la tarde, D. Enrique Rivera y de Palma; en las Niñas de Leganés, el P. Venancio Pardo; y por la tarde en los ejercicios, el Sr. Carrasosa.

VISITA DE LA CÔRTE DE MARÍA.—Nuestra Señora de la Concepción en San Pedro, ó en San Plácido ó la Medalla Milagrosa en San Ginés.

IMPRENTA DE D. ROQUE LABAJOS, Calle de Pelayo, 34.

SECCION DE ANUNCIOS.

CONFERENCIAS

PRONUNCIADAS POR EL R. P. FÉLIX EN LA CATEDRAL DE PARÍS

DESDE EL AÑO 1863 AL 69.

Estas Conferencias, elegantemente encuadradas en rústica, se hallan de venta en la Administración de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL, Pelayo, 38 y 40, á 4 reales en Madrid y 5 en provincias las correspondientes á cada año.

A los que tienen la desgracia de NEGAR LO SOBRENATURAL, les rogamos que lean atentamente la obra intitulada

NUESTRA SEÑORA DE LOURDES.

ESCRITA EN FRANCÉS POR ENRIQUE LASERRE,

TRADUCIDA AL CASTELLANO POR D. FRANCISCO MELGAR.

Este libro es la historia interesantísima, admirablemente escrita y RACIONALMENTE COMPROBADA de las repetidas apariciones de la SANTÍSIMA VÍRGEN en 1858 á una pobre niña de Lourdes, pueblecito á la falda de los Bajos Pirineos, y de las curas sobrenaturales verificadas por intercesión de la Madre de Dios con el agua que brotó milagrosamente en el lugar mismo de la aparición y que todavía no ha dejado de manar.

Es obra muy divulgada en Francia, donde hay apenas una familia católica que no la tenga, y cuenta en aquel país y otros del extranjero numerosas ediciones.

La española que ofrecemos al público consta de dos tomitos de unas 300 páginas cada uno, y ambos se venden al ínfimo precio de 10 reales en Madrid y 12 en provincias, á donde se enviarán por el correo, francos de porte.

Único punto de venta, administración de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL, calle de Pelayo, 38 y 40, cuarto principal, Madrid.

ALMANAQUE DE LOS AMIGOS DE PIO IX PARA 1874.

Más que almanaque, es este un libro de propaganda, destinado á popularizar y fomentar el amor á nuestro inmortal Pontífice y la adhesión á la causa sacrosanta que su nombre simboliza. Contiene el Santoral más completo, como que abraza todos los Santos del Martirologio, escogidas poesías y curiosos artículos. Encuadrado en rústica con una hermosa cubierta á dos tintas, se vende á un real y medio cada ejemplar. Comprando doce ó más ejemplares, á jun real, franco el porte en España. Encuadrado en percalina á 3 rs. uno.

Hay alguno un ejemplar de cada uno, se remiten los tres juntos por 3 rs.

Los pedidos se dirigirán á D. P. Sanmartí, *Biblioteca Popular*, en Barcelona.

ENFERMEDADES DE LA GARGANTA DE LA VOZ Y DE LA BOCA

PASTILLAS DE DETHAN.

Curan los padecimientos de la garganta, las estiraciones de la voz, las inflamaciones de la boca y las que provienen del tabaco y del mercurio. Son utilísimas á los predicadores, oradores y cantantes.—En París: DETHAN, farmacéutico, faub. Saint-Denis, 90.—En Madrid: Agencia franco-española, Sordo, 31.—Por menor: J. Simon, Borrell hermanos, Moreno Miquel, Escolar, Sanchez Ocaña y Ortega, farmacéuticos.

DEBERES RELIGIOSOS Y SOCIALES DEL HOMBRE.

libro de educación por el Reverendo Padre Fr. José Fernandez Checa, dominico filipino.—Precio, 4 reales.
El niño en sociedad, ó sinopsis de educación, por el mismo autor.—Precio, 2 y medio reales.
Estas obras se venden en las librerías de Aguado, Hernando, Martinez, Olamendi y Tejado. (Núm. 210)

COLECCION DE SERMONES-HOMILIAS

para todos los domingos y fiestas principales del año, por el Excelentísimo Sr. Dr. D. Antolin Monescillo, Obispo de Jaen.

Tomo II, que comprende desde la primera Dominica de Adviento hasta terminar la primera de Cuaresma, y se vende en la librería del Sr. Olamendi, calle de la Paz, núm. 6, al precio de 18 rs. en rústica en Madrid y 20 en provincias, franco de porte. En dicha librería también se hallará el primer tomo, quedando el tercero en prensa. (Núm. 209)

COMPANIA ESPAÑOLA

9, RUE DU 4 SEPTEMBRE, PARIS.

Casa de primer orden para chocolates, los pasteles y el vino de España.—Gran surtido para regalos de todas clases. (A.—3,791.)

Enfermedades curadas; Dr.

CH ALBERT

Curacion radical, pronta y segura por el

VINO DE ZARZAPARRILLA: llega, escrófulas, granos, empeines, vicio de la sangre, debilidad.

BOLOS DE ARMENTA: pérdidas, colores pálidos, flujos antiguos ó recientes, etc.

Depósito en todas las farmacias y instrucción gratis. París, rue Montorgueil, 49.

Depósito por mayor, Agencia franco-española, Sordo, 31; por menor, señores Borrell, M. Miquel, Escolar, Sanchez Ocaña y Ortega.



OBRAS

DEL PRESBITERO D. FRANCISCO DE ASIS AGUILAR, RECTOR DE LOS ESTUDIOS CATÓLICOS, Y ELECTO CHANTRE DE BARCELONA POR SU SANTIDAD.

Vida del Excmo. é Ilmo. Sr. D. Antonio María Claret.—Un tomo de 452 páginas en 4.º, de elegante impresión, adornado con el retrato del virtuoso Prelado, 16 reales.

De qué sirven las monjas?—Un tomo, 4 rs. en Madrid y 5 en provincias.

Libertad eclesiástica en la censura é impresión de los libros de rezo, 2 reales.

El hombre es hijo del mono? Observaciones sobre la mutabilidad de las especies orgánicas y el darwinismo, 2 rs.

Oraciones para rogar por las necesidades presentes.—Medio real un ejemplar, 40 rs. el ciento.

El monaguillo instruido.—Seis cuartos el ejemplar; 6 rs. docena.

Se hallan en las principales librerías. Dirigiéndose al autor, Cuesta de Santo Domingo, 8, y remitiendo el importe se hace el 10 por 100 de rebaja. Si se toma por valor de 100 reales, y el 25 por 100 en pasando de 300 reales, aunque el pedido sea de diferentes obras.

La Baseñanza Católica, revista muy útil á todas las personas que han de tomar alguna parte en la educación de la juventud. Precio de suscripción, 10 reales.—La administración de la revista está en la calle de Carretas, 31.